ESENCIA DE LA EUCARISTIA

F.X. Fortún, O.D.B.

Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 – 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 – Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

PROLOGO

Carta del Excmo. Cardenal-Arzobispo de Toledo, Primado de España, D. Marcelo González Martín, al Padre F.X. Fortún o.s.b.

«*Sí, Padre, le escribo estas líneas que me pide aunque valen tan poco. Pero amo la Misa, y, cuando más pasa el tiempo en mi vida de Sacerdote y de Obispo, más la amo. Es el más rico tesoro que tenemos en el organismo vivo de la Iglesia.*

El Señor nos lo dejó en la Ultima Cena. Es su Sacrificio, su Adoración, su alabanza, su expiación por los pecados del mundo, su ardiente súplica de perdón y misericordia al Padre por los hombres. Nosotros los Sacerdotes renovamos ese Sacrificio. Y los fieles participan en él activa y fructuosamente.

Me alegro de que escriba Ud. como escribe.

Los sencillos de corazón se alegrarán también de encontrarse con este lenguaje que es sólidamente teológico, finamente piadoso, ordenadamente instructivo. Y llamo sencillos de corazón a todos aquellos que creen y aman, sean cultos o ignorantes, porque cuanto más se cree más se ama, desde el silencio de la adoración y el ofrecimiento, más facilmente se logra la profunda sencillez del alma, que es como un don del

Espíritu Santo, parecido a los que el mismo Espíritu ofreció a la Virgen María, la Madre del Verbo Encarnado.

Necesitamos volver a encontrar en la Misa, no sólo la mayor inteligibilidad externa que la renovación litúrgica nos ha facilitado, sino también el gusto por el misterio de la adoración a Dios y la expiación de nuestros pecados, la fuente del amor inextinguible, el motivo permanente para el arrepentimiento lleno de confianza humilde, la identificación progresiva con el Corazón de Jesucristo.

Le bendigo cordialmente y deseo que este folleto, sea leido y meditado por muchos».

MARCELO GONZALEZ MARTIN
Cardenal Arz. de Toledo
12-10-1976

INTRODUCCION

De la Misa se pueden decir muchas, muchísimas cosas. Y todas verdaderas, grandiosas, santas.

Si lo deseas, las encontrarás en gruesos libros. Yo me ciño en este opúsculo a unas cuantas.

El Concilio Vaticano II, en la Constitución sobre la Sagrada Liturgia n. 16, nos dice:

«*La Sagrada Liturgia se explicará tanto bajo el aspecto teológico e histórico, como bajo el aspecto espiritual, pastoral y jurídico*».

Me voy a fijar en los aspectos teológico y espiritual de la Misa, —sin agotarlos, claro está—, para exponer algunas ideas que puedan servir de reflexión.

«*En el espíritu del Concilio está el atraer de nuevo más y más al pueblo a un culto eucarístico mayormente centrado en la Misa, más penetrado de profundo sentido pascual (Muerte-Resurrección), más orientado hacia la plenitud de su significación misteriosa de prolongación del Sacrificio de la Cruz*» *(Pablo VI, al VII Congreso Eucarístico del Perú, 1-9-65).*

San Alfonso M.ª de Ligorio (1696-1787) nos dice:

«El sacerdote que no está penetrado de la **grandeza** *del Santo Sacrificio de la Misa, nunca lo ofrecerá como es debido». (Selva P. 2. c. 1).*

Lo mismo se puede decir de toda persona que asiste-participa en ella. «Entoces nuestro cristianismo será profundo y consciente en el grado en que comprendemos, apreciamos y amemos la Santa Misa.

Cual fuere tu Misa, tal será tu fe.
Cual fuere tu Misa, tal será tu moral.
Cual fuere tu Misa, tal será tu vida.
cual fuere tu vida aquí abajo, tal será también allá en la eternidad».

(Tihamér Toth, Eucaristía, cap. VI)

1) ¿Qué es la Misa?

La Misa es el mismo sacrificio ofrecido en el ara de la Cruz por Jesucristo para la salvación de todos los hombres.

El Concilio Vaticano II, confirmando la doctrina del Concilio de Trento, nos dice:

«Nuestro Señor, en la Ultima Cena, instituyó el Sacrificio Eucarístico de su cuerpo y de su Sangre, con el cual iba a perpetuar por los siglos hasta su vuelta, el Sacrificio de la Cruz y a confiar a su Esposa, la Iglesia, el memorial de su Muerte y Resurrección» (Const. Sacrosanctum Concilium, n. 47).

Pablo VI nos enseña en el Credo del pueblo de Dios:

«Creemos que la Misa celebrada por el sacerdote, representante de la persona de Cristo, en virtud del poder recibido por el Sacramento del Orden, y ofrecido por él en nombre de Cristo y de los miembros de su Cuerpo Místico, **es el sacrificio del calvario,** *hecho presente sacramentalmente en nuestros altares». (30-6-1968).*

Nuestro Señor nos dio este mandato en la Ultima Cena:

«Haced esto en conmemoración mía» Lc. 22, 19.

Y como la Ultima Cena fue la anticipación del Sacrificio de la cruz (Con. de Trento, s. 22), al cumplir el mandato de Cristo en cada Misa, **re-novamos, representamos, prolongamos** lo que pasó en el Calvario.

San Pablo, en la carta a los Hebreos, capítulo siete, nueve y diez, nos habla de «una sola ofrenda», de «una sola vez», de un solo Sacrificio de Cristo, oponiéndolo a los muchos y variados sacrificios de la Antigua Alianza. Pero no lo opone, en modo alguno, al Santo Sacrificio de la Misa, repetido millones de veces, siendo como es uno e idéntico con el de la Cruz, aunque la manera sea distinta. (Con. de Trento, s. 22).

El Ejemplo, aunque imperfecto, de miles y miles de fotografías de una misma cosa, puede iluminar algo, —en infinita distancia—, este misterio de nuestra fe.

Oigamos a San Juan Crisóstomo (354-407):

«¿Acaso no ofrecemos sacrificios todos los días? Ofrecemos siempre el mismo; no ahora una oveja y

mañana otra, sino siempre **la misma.** *Por esa razón es uno el Sacrificio. ¿Acaso por el hecho de ofrecerse en muchos lugares son muchos Cristos? De ninguna manera, sino un solo Cristo en todas partes: aquí íntegro y allí también, un solo cuerpo. Luego así como ofrecido en muchos lugares es un solo Cuerpo y no muchos cuerpos, así también un solo Sacrificio. (Ef. Hom. 21, 1).*

El Santo Sacrificio de la Misa no se puede ofrecer a ningún santo, ni ángel, ni a la Virgen. Solamente a Dios.

«Explica también claramente el santo Concilio de Trento que el Sacrificio se ofrece a Dios solo, y que la iglesia, aunque celebre Misas en memoria y honor de los santos, no pretende ofrecer a ellos el Sacrificio, sino a Dios, que ha glorificado a los santos en la inmortal gloria del cielo. Por esto nunca dice el sacerdote: «Ofrezco el Sacrificio a ti, Pedro o Pablo», sino que, ofreciéndolo e inmolándolo a solo Dios, le da gracias por las insignes victorias de sus gloriosos mártires e implora la protección de estos para que se dignen interceder por nosotros en el cielo, mientras hacemos memoria de ellos sobre la tierra» (Catecismo Romano P. II, C. III, N. XI).

El obispo del Sagrario abandonado, Don Manuel González García (1877-1940), nos dice:

«La **fe viva** *es la única fuerza elevadora e iluminadora para contemplar por fuera y por dentro el gran*

misterio y la gran trascendencia de la Misa...

Figuraos que así como se ha descubierto el misterio de las ondas hertzianas y por medio de un aparato de radio podemos recoger en nuestros oidos los sonidos producidos a miles de kilómetros, se descubriera, —lo que no es absolutamente imposible—, otro procedimiento para que nuestros ojos recogieran las especies flotantes de espectáculos representados, no sólo a distancia de espacio sino también de tiempo, y por medio de ese aparato o procedimiento pudiéramos presenciar la Crucifixión de Nuestro Señor haciéndose ahora mismo. ¡Qué asombroso! ¡Encontrarnos con la visión del Calvario!...

Si no se ha inventado el aparato para ver a distancia de siglos, se nos ha dado por la misericordia de Dios una luz para penetrar, no sólo la distancia de siglos, sino la de la eternidad. Se llama la **fe.** *¡Lo que veo con el auxilio de esa luz en el Calvario y desde el Calvario!*

Veo primero la multiplicación indefinida de los Calvarios sin derramamiento de sangre, pero ofreciendo al mismo Jesús inmolado en innumerables altares por toda la redondez de la tierra.

Veo después, trescientos y tantos mil sacerdotes cada día aplicando por sus Misas los inexahustos méritos que Jesús ganó en la suya. El mismo Sacrificio en el Calvario y en el altar, y el mismo Sacerdote, Jesús (el sacerdote no es un sucesor de Jesús, es su ministro; con El y por El ofrece y se ofrece).

Y veo por último... el cielo, cerrado desde el primer pecado de Adán hasta el momento de morir Jesús,

abierto de par en par y por sus puertas entrando riadas de almas selladas con gotas de Sangre del Sacrificio y ocupando las sillas vacantes que dejaron los ángeles rebeldes... (¡Si viviéramos nuestras Misas!).

La Liturgia, en la oración sobre las ofrendas de la Misa de la Santa Cruz, día 14 de septiembre, nos dice:

Señor,
que nos limpie de toda culpa
este sacrificio,
el mismo que ofreció en el ara de la cruz
quitó el pecado del mundo.

2) ¿Qué vale la Misa?

Dice Bossuet:

«*Nada hay más sublime en el mundo que Jesucristo, y nada más sublime en Jesucristo, que su sacrificio*».

Y siendo la Misa ese mismísimo Sacrificio de Cristo, se sigue que ella es lo más grande que tiene la Iglesia Católica.

Es de un valor infinito, de un valor de Dios, de un valor único.

Sea dicha por el Papa o por un sacerdote, por un santo o por un pecador, concelebrada o no concelebrada etc., su valor no cambia.

No se le puede comparar.

Oigamos a San Alfonso M.ª de Ligorio:

—«Dios no puede hacer que haya obra más grande, ni más sacro-santa que la celebración de una Misa». (Selva P. I, C. 7).

—«La Misa es la acción más santa y más agradable a Dios que se puede llevar a cabo, tanto en razón de la víctima ofrecida, que es Jesucristo, víctima de dignidad infinita, cuanto en razón del primer oferente, que es el mismo Jesucristo, que se ofrece por manos del sacerdote» (Selva P. 2, C. 1).

—«Todos los sacrificios de la Antigua Ley, con los que tan honrado fue Dios, no eran sino sombra y figura del Sacrificio de nuestros altares. Cuantos honores han tributado y tributarán a Dios todos los ángeles con sus homenajes y todos los hombres con sus obras, penitencias y martirios, nunca pudieron ni podrán jamás tributar a Dios tanta gloria como la que tributa una sola Misa, porque todos los honores de las criaturas son finitos, al paso que el honor que Dios recibe por medio del altar es un honor infinito, porque en él se le ofrece una víctima de infinito precio» (Misa atropellada, P. I. C. I.).

—«El sacerdote es el ministro constituído por Dios como embajador público de toda la Iglesia, para honrarlo y alcanzar de El todas las gracias necesarias a los fieles. Toda la Iglesia sin los sacerdotes, no puede tributar a Dios tanto honor ni alcanzar de El tantas gracias como un solo sacerdote que celebra una Misa.

Porque toda la Iglesia sin sacerdotes no podría tributar a Dios honor mayor que el sacrificio de la vida de todos los hombres. Pero, ¿qué valen las vidas de

todos los hombres en comparación del Sacrificio de la vida de Jesucristo, que es sacrificio de valor infinito? ¿Qué son todos los hombres ante Dios sino un poco de polvo?.

Por eso el sacerdote que celebra una Misa, sacrificando a Jesucristo, tributa a Dios honra infinitamente mayor que la que todos los hombres le tributarían muriendo por El, con el sacrificio de sus vidas.

Además, el sacerdote con una sola Misa tributa a Dios más honor que el que le han tributado y tributarán todos los ángeles del cielo, con María Santísima, quienes no pueden tributarle culto infinito, como el sacerdote que celebra en el altar» (Selva, P. I, C. I).

Así no nos extrañará aquella súplica ardiente de San Pedro Julián Eymard (1811-1868) en una enfermedad grave a sus 18 años:

«¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Concededme la dicha de celebrar, al menos, una Misa, una sola Misa!»

Tampoco nos extrañará el caso de San Pascual Bailón (1540-1592), hermano franciscano, declarado Patrono de los Congresos Eucarísticos por León XIII, que cada día ayudaba de ocho a diez Misas.

Y las palabras de aquel santo misionero, enfermo, a quien la persona que le cuidaba le recordaba que el médico había dicho que no celebrase Misa:

«El médico no me lo impediría sino que me alentaría a decir Misa, si supiese su valor».

¡Los santos viven la fe!

(Por las mismas razones —pero al revés— Satanás pone todo su empeño en que no se diga y no se oiga Misa, o en que si se dice y se oye, se haga de una manera rutinaria, sin fervor, ¡y a poder ser, sacrílegamente!).

La Litúrgia, en la oración sobre las ofrendas de la Misa de Epifanía, nos dice:

Mira, Señor,
los dones de tu Iglesia,
que no son oro, incienso y mirra,
sino Jesucristo, tu Hijo,
que en estos misterios
se manifiesta,
se inmola,
y se da en comida.

3) La Misa y su fruto

Si la Misa es el mismo Sacrificio de la Cruz, se sigue que ella tiene el mismo fruto que aquél: la redención.

¿Y en qué consiste la Redención?

a) Nos limpia del pecado.

«*Esta es mi Sangre, de la Nueva Alianza, que será derramada por muchos (todos), para remisión de los pecados*» *Mt. 26, 28.*

b) Nos da la Nueva Vida Sobrenatural de la Gra-

cia, por la que somos hijos adoptivos, y aún más que adoptivos, de Dios.

«Yo he venido para que tengan Vida, y la tengan más abundante» Jn. 10, 10. «A cuantos la recibieron, que son los que creen en su nombre, les dio poder de llegar a ser hijos de Dios» Jn. 1, 12. «Partícipes de la naturaleza divina» 2, Pet. 1, 4.

c) Nos abre las puertas del cielo, cerradas desde el primer pecado cometido por el hombre, el pecado original.

«Y cuando habré ido, y os habré preparado lugar, vendré otra vez y os llevaré conmigo, para que donde Yo estoy, estéis también vosotros» Jn. 14, 3.

Nadie puede redimirse a sí mismo.

Sólo Jesucristo lo puede hacer.

La misma Virgen María fue redimida por Cristo, aunque con redención especial, es decir, preventiva.

Por consiguiente, lo que yo no puede hacer por mí, ni tampoco ningún otro, eso lo hace y lo actualiza y me lo regala Jesucristo en la Misa.

La revolución de la Redención y la sublimación a la Vida Divina, eso es lo que Cristo nos trae. ¿Se puede comparar algo a eso?

¡No convirtamos el oro en lodo!

¡Sepamos lo que traemos entre manos!

¡Qué dolor al ver que algunos (¿muchos?) utilizan la Misa para lo que no es!

La Liturgia, en la oración sobre las ofrendas de la Misa de Jueves Santo, dice:

Señor,
concédenos participar **dignamente**
en estos santos misterios,
pues cada vez que celebramos
este memorial de la muerte de tu Hijo
se realiza la obra de nuestra redención.

4) La Misa y sus fines

Hoy día se quiere desacralizar el mundo, se quiere que Dios haya muerto, se quiere que Dios no hubiese existido nunca.

A este vano e inútil querer, el cristiano verdadero, el de siempre, opone las palabras de Cristo:

«El primer mandamiento es: El Señor Dios tuyo es un solo Dios y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todas tus fuerzas. Este es el mandamiento primero». Mc. 12, 29-30.

No se puede poner en último lugar lo que Cristo ha puesto en el primero, y mucho menos silenciarlo y olvidarlo. Lo primero es lo primero, pese a Satán y a todos los que consciente o inconscientemente le hacen el juego.

Cuatro son los deberes fundamentales de todo hombre para con Dios y que se satisfacen de un modo pleno por Cristo —y sólo por Cristo— en la Misa. Ellos constituyen sus fines:

a) Adoración

Jesucristo, repitiendo las palabras del Antiguo Testamento (Dt. 6, 3), dijo:

«Adorarás al Señor tu Dios y a El sólo servirás» Mt. 4, 10.

Dios es «El que es» (Ex. 3, 14).

Y no hay otro como El (Salmo 17, 32).

Un solo Dios (Mc. 12, 29).

Además es Creador (Eccli. 1, 8).

Todo lo que existe, sin excepción, está creado por El (Jn. 1, 3).

¡Y el hombre también! De él tiene Dios un cuidado especial. Su cuerpo se lo da por medio de los padres, pero el alma viene directamente de Sus manos. A imagen y semejanza suya. (Gen. 1, 27).

Como criaturas, pues, de Dios, nuestro primer deber (ineludible e inexcusable, según dice San Pablo con palabras tajantes Ro. 1, 18-30) para con El, es la adoración, es decir, reconocerle como Señor Supremo nuestro y de toda la creación, dándole un honor que sólo a El se le debe por su excelencia divina.

Además de Dios y Creador es «Padre nuestro» (Mt. 6, 9), y por consiguiente esa adoración ha de ser de amor.

Este deber nosotros lo podemos y debemos cumplir en múltiples ocasiones. Pero de una manera perfecta e infinita, cual Dios se la merece, **solo** por medio de Jesucristo lo podemos hacer. Y eso lo realiza El en la Misa.

b) Acción de gracias

La buena educación manda ser agradecidos cuando se recibe un beneficio.

¿Y quién nos ha hecho más beneficios que Dios? San Pablo nos pregunta:

«Qué tienes que no lo hayas recibido?» 1 Cor. 4, 7.

Somos un puro beneficio de Dios. La creación, la Redención, etc., etc., etc. (¿Y las cruces también? También. Miradas con fe, son de los mayores beneficios. Y si no, que lo digan los santos).

Por lo tanto, el segundo deber es la acción de gracias. Es una de las cosas que más inculca San Pablo en sus cartas:

«En todo dad gracias, pues esto es lo que Dios, en Cristo Jesús, quiere de vosotros» 1, Tes. 5, 15.

De nuevo hay que decir que este deber lo podemos y debemos cumplir en múltiples ocasiones, pero de una manera pefecta e infinita, cual Dios se la merece, **solo** por medio de Jesucristo. Y eso lo hace El en la Misa.

Se dice que una vez Santa Teresa de Jesús pidió al Señor que le indicara como podría pagarle las mercedes que le había hecho. El Señor le contestó: oyendo una Misa.

c) Expiación

Nuestro tercer deber, del todo necesario, es el de la expiación por nuestros pecados. Somos pecadores,

aunque falsos profetas con falsos razonamientos nos quieran persuadir de lo contrario.

Hoy día el pecado personal abunda, y yo diría, más que en otros tiempos. Pero una soberbia muy refinada y solapada nos ciega para reconocerlo. Al grito arrogante de Satán «no serviré», se le ha añadido el grito materialista «¿qué me importa a mí de Dios!» Ambos ateos, ambos blasfemos, ambos nacidos de soberbia luciferina.

Con humildad, con sinceridad, con valentía cristiana hay que reconocer nuestros pecados, y después hay que desagraviar, hay que reparar, expiar. Jesucristo, en el Evangelio, pide conversión interior y penitencia exterior.

«¡Ay de ti, Corozaín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en vosotras, tiempo ha que con saco y ceniza se habrían convertido» Mt. 11, 21.

Pero siendo infinita la ofensa que el pecado hace a Dios, y siendo también infinita la distancia de nosotros a Dios, no podemos desagraviar, reparar, expiar de una manera perfecta e infinita, cual se debe a Dios.

Solo por los méritos de la Víctima Divina, Jescristo, Verdadero Dios y Verdadero Hombre, lo podemos hacer debidamente.

«En Cristo tenemos, por medio de su Sangre, la Redención y el perdón de los pecados» Ef. 1, 7.

Y eso lo realiza El en la Misa.

d) Petición

Con los adelantos modernos, al hombre le parece que ya ha pasado a la historia el tiempo de hacer peticiones a Dios. La máquina, la técnica, etc., a esos hay que pedir.

¡Cuán equivocado está! Siempre necesita el hombre de Dios y de sus dones. Y hoy día más que nunca por hallarse sumergido y esclavizado por la materia y el materialismo.

La paz, la alegría verdaderas, profundas, íntimas —por poner sólo dos ejemplos—, nunca serán frutos maduros de la materia, sino dones de Dios.

«Toda dádiva buena y todo don perfecto viene de lo alto, desciende del Padre de las luces» St. 1, 17.

Para «llamar, buscar y pedir» (Lc. 11, 9-10), no hay mejor tiempo ni mejor medio que la Misa.

San Alfonso María de Ligorio nos dice:

«Si nos está prometido que alcanzaremos de Dios cuanto le pidamos en nombre de Jesucristo, con mayor razón lo alcanzaremos ofreciéndole al mismo Jesucristo. Este nuestro amoroso Redentor está en el cielo intercediendo continuamente por nosotros, pero, sobre todo, lo hace durante el tiempo de la Misa, durante la cual se ofrece a sí mismo al Padre por mano del sacerdote para alcanzarnos toda suerte de gracias. Si supiéramos que todos los santos, en unión de la Madre de Dios, ruegan por nosotros, ¿cual no sería nuestra confianza en los favores celestiales? Pues

bien, es cierto que una sola plegaria de Jesucristo puede infinitamente más que las de todos los santos» (Misa atropellada, P. I, C. I).

El don único y ciertamente necesario, que hay que pedir por encima de todos los demás en la Misa, es el de la salvación eterna. ¡Prioridad de valores!

La Liturgia, en la oración sobre las ofrendas, del cuarto día de la semana preparatoria de la Navidad nos dice:

Acepta, Señor, estas ofrendas
por las que se va a renovar entre nosotros
el sacrificio único de Cristo;
y haz que al participar de estos misterios
recibamos realmente los bienes
que la fe nos invita a esperar.

5) Unidos a Cristo

San Pablo nos dice:

«*Vosotros sois el Cuerpo de Cristo*» *I. Cor. 12, 27.*

De donde se sigue que El es nuestra Cabeza. Formamos con El, el Cuerpo Místico.

Y prosigue San Pablo:

«*Tened los mismos sentimientos que Cristo... quien tomando forma de siervo... se humilló, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de Cruz*» *Fil. 2, 5-8.*

Ahora bien, si la Cabeza se ofrece como Víctima en el Santo Sacrificio de la Misa, los miembros del Cuerpo deben hacer lo mismo. Si no lo hacen, ¿qué clase de unión habrá entre ellos y la Cabeza! Serán solamente miembros paralíticos, valdrán para muy poco, carga inútil.

La esencia de participar de una manera consciente y activa en la Misa está precisamente en esto: en hacer lo que hace Cristo, nuestra Cabeza, ofreciéndonos como víctima al Padre por medio del Espíritu Santo. Quien no sabe y no practica esto, no ha profundizado mucho en la Misa.

¿Y qué significa ofrecernos como víctima?

Tres cosas.

La primera: «Por Cristo, con El y en El», ofrecer al padre nuestra vida, nuestros trabajos, nuestras alegrías nuestras cruces de cada día. Todo, sin dejar nada.

La segunda: «Por Cristo, con El y en El», abandonarnos en las manos de Dios con plena disponibilidad a todo lo que El nos pueda pedir. Como Jesucristo en la ofrenda de la Pasión hecha en Getsemaní:

«*No se haga mi voluntad, sino la tuya*» *Lc. 22, 42.*

O como aquél programa continuo de vida de San Pablo:

«*Señor, ¿qué queréis que haga?*» *He. 9, 6; 22, 10.*

La tercera: «Por Cristo, con El y en El», ofrecernos

por la salvación de los hombres, según aquello de San Pablo:

«Cumplo en mi cuerpo lo que falta (de actualización) a la Pasión de Cristo» Col. 1, 24.

¡Oh si viéramcs así la Misa!

¡Cómo iríamos formando la imagen de Cristo en nosotros! (Gal. 4, 19).

¡Cómo llegaríamos a decir con San Pablo:

«Estoy crucificado con Cristo; no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí» (Gal. 2, 19-20).

¡Cómo nos reconocería el Padre por hijos suyos: este es mi hijo amado! (Mc. 1, 11).

¡Cómo nos reconocerían los demás por verdaderos cristianos, santificados en la verdad! (Jn. 17, 17).

Cuando veamos mezclar la gota de agua en el vino durante la Misa, pensemos en estas cosas. No sea que ella se una al vino mejor que nosotros a Cristo. Ella debe ser nuestra imagen. Ofezcámonos al Padre con Cristo y como Cristo.

Decía Pío XII a los sacerdotes, (y también a todos los cristianos, ya que son sacerdotes hasta cierto grado):

«Como toda la vida del Salvador fue ordenada al Sacrificio de sí mismo, así también la vida del sacerdote, que debe reproducir en sí mismo la imagen de Cristo, debe ser en El, por El, con El un aceptable sacrificio... Por lo tanto, no se contente con celebrar la

Misa: necesario es que la viva íntimamente; tan solo así podrá encontrar aquella vida sobrenatural, que habrá de transformarle, haciéndole participar, en cierto modo, de la vida sacrificial del mismo Divino Redentor... Necesario es, por lo tanto, que el sacerdote procure reproducir en su alma todo cuanto sobre el altar ocurra. Como Jesucristo se inmola a sí mismo, también su ministro debe inmolarse con El; como Jesucristo expía los pecados de los hombres, así él, siguiendo el arduo camino de la ascética cristiana, debe trabajar por la propia y por la ajena purificación» (Menti nostrae).

Y Juan XXIII:

«*Toda la santificación personal del sacerdote ha de modelarse sobre el Sacrificio que celebra... ¿No es acaso por no haber comprendido bastante bien la extrecha unión y casi reciprocidad que une el don cotidiano de sí mismo con la oblación de la Misa, por lo que algunos sacerdotes poco a poco han llegado a perder su primera caridad (Apoc. 2, 4) de la Ordenación? Tal era la experiencia del Cura de Ars. La causa —decía él— de la tibieza en el sacerdote está en no poner atención a la Misa. Y el santo, que tenía la costumbre de ofrecerse en sacrificio por los pecadores, derramaba abundantes lágrimas pensando en la desgracia de los sacerdotes que no corresponden a la santidad de su vocación» (Sacerdotti nostri).*

Y Juan Pablo II:

«Un sacerdote vale cuanto vale su vida eucarística, especialmente su Misa. Misa sin amor, sacerdote estéril. Misa fervorosa, sacerdote conquistador de almas. Devoción eucarística descuidada o poco amada, sacerdocio en peligro y en vías de defiminación» (Homilía al Congreso del Clero Italiano, 16-2-1984).

La Liturgia, en la Anáfora III, nos dice:

Dirige tu mirada
sobre la ofrenda de tu Iglesia,
y reconoce en ella la Víctima
por cuya inmolación quisiste
devolvernos tu amistad,
para que, fortalecidos,
con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo,
y llenos de su Espíritu Santo,
formemos en Cristo
un solo cuerpo y un solo espíritu.
Que El nos trasforme
en **ofrenda permanente...**

6) Unidos en Cristo

El santo Evangelio nos dice (Lc. 22, 20) que en la Ultima Cena se selló la Alianza Nueva y Eterna.

En la Consagración del cáliz en la Misa repetimos lo mismo:

«Este es el cáliz de mi Sangre,
Sangre de la Alianza Nueva y Eterna».

Esa Alianza Nueva y Eterna entre Jesús y los hombres es Alianza de Amor. Jesús, que es el Amor (1 Jn. 4, 16), se nos da por completo, hasta el extremo de él (Jn. 13, 1).

Pero también nos exige amor total a El (Jn. 15, 9), y amor a todos los hombres, sin excepción, como El nos ha amado. Esa es la condición:

«*Un mandamiento nuevo os doy:*
que os améis unos a otros.
Como yo os he amado,
debéis amaros vosotros.
En esto
conocerán todos
que sois discípulos míos:
si os tenéis amor unos a otros» *Jn. 13, 34-35.*

Judas, el hombre que negó su amor a Cristo y a los demás, tuvo que marcharse del lugar donde se celebraba la Alianza Nueva y Eterna del Amor de Jesús y los hombres.

La Ultima Cena fue la Primera Misa. En cada Misa se sigue sellando aquella Alianza Nueva y Eterna.

Por lo tanto, el que niega y rehusa el amor al prójimo se debe retirar de la Misa, la está profanando.

Tampoco se pueden contentar los que asisten a ella con un amor al prójimo pequeño y estacionario.

Cristo nos pide en cada Misa, como lo pidió en la Ultima Cena, que hagamos del amor al prójimo nuestro distintivo, y que tengamos por ideal-a-conseguir el amor que El nos tuvo y nos tiene.

De ahí que la Misa debe ser una escuela y una fuente de unión de corazones.

Quien salga de la Misa y se olvide de amar al prójimo como Jesús, le ama, ese no ha asistido conscientemente a ella, no ha caido en la cuenta de lo que ha hecho.

Quien no salga de ella dispuesto a comprender al prójimo, a servir al prójimo, a ayudar al prójimo, no ha vivido la Misa como Jesús quiere que se viva.

Nunca debería faltar esta petición en nuestro corazón:

Señor,
aumentame cada día
el amor a mis hermanos;
enseñame y ayudame a amarlos
como tu los amas.

La Liturgia, en la oración sobre las ofrendas del miércoles después de Epifanía, nos dice:

Señor, Dios nuestro,
fuente de la piedad sincera
y del amor fraterno,
que esta ofrenda glorifique tu nombre
y nuestra unión se haga fuerte
por la participación en estos sacramentos.

7) Misa mundial

De lo expuesto hasta aquí se sigue que nunca hay

Misas «privadas», ni cuando la dice un sacerdote solo, ni cuando la dice rodeado de un grupo más o menos numeroso de personas, como si la Misa fuere para los presentes nada más. Así lo demuestran las palabras de la consagración:

«*Este es el cáliz de mi Sangre,*
Sangre de la Alianza Nueva y Eterna,
que será derramada por vosotros
y **por todos los hombres...»**

La Misa siempre es **mundial,** es decir, de todos los hombres y para todos los hombres, de Cristo Cabeza y **todo** su Cuerpo Místico.

«El sacrificio Eucarístico es renovación incruenta del Sacrificio de la Cruz; pues, en él, Cristo se ofrece a sí mismo al Padre por su gloria y por nuestra salvación. Más, como quiera que El, Sacerdote y Víctima, obra como Cabeza de la Iglesia, se ofrece y se inmola, no solamente a sí mismo, sino también a todos los fieles, y en cierto modo a todos los hombres» (Menti nostrae).

«Al renovar de modo incruento, bajo las especies del pan y del vino, el Sacrificio de Cristo en la Cruz, ofrecemos a Dios mismo "por Cristo, con Cristo y en Cristo" todos los hombres» (Juan Pablo II, Homilía del 21-3-1982).

Hagamos **mundial** la Misa.

Llevemos en espíritu a todos los hombres a la Misa.
No la empequeñezcamos.
No la minimicemos.
No la egoisticemos.

Si el primer mandamiento es el primer mandamiento, nuestra obligación de cristianos es llevar a todos los hombres a la Misa y allí, por Cristo, con Cristo y en Cristo darle el mejor cumplimiento. Nada más grande que la Misa, y nada más grande, por consiguiente, que hacerlos participar de ella en espíritu.

Cuántos y cuántos pobrecitos que nada saben de esto, (o quizás nada quieren saber), un día nos agradecerán el que los hayamos llevado a cada una de nuestras Misas y les hayamos prestado allí, en espíritu, nuestros labios y nuestros oidos, toda nuestra mente y todo nuestro corazón, toda nuestra alma y todas nuestras fuerzas.

La Liturgia, en la oración sobre las ofrendas del cuarto Domingo de Cuaresma, nos dice:

Al ofrecerte, Señor,
en la celebración gozosa del Domingo,
los dones que nos traen la salvación,
te rogamos nos ayudes
a celebrar estos santos misterios
con fe verdadera
y a saber ofrecértelos
por la salvación del mundo.

8) Banquete sacrificial

En cada Misa **re-novamos, re-presentamos, prolongamos** el sacrificio del Calvario.

Dios Padre acepta la Víctima Divina y, complacido, nos la devuelve en la Comunión, que es, por lo tanto, un banquete sacrificial, es decir, que dimana del Sacrificio.

La esencia de la Misa está en ser Sacrificio y, por lo tanto, en la Consagración, pero el banquete sacrificial de la Comunión forma parte integral de él.

Oigamos a Pío XII, que, como Pastor de la Iglesia, nos enseña autorizadamente:

«*Hay que afirmar una vez más que el Sacrificio Eucarístico* **consiste esencialmente** *en la inmolación incruenta de la Víctima divina, inmolación que es místicamente manifestada por la* **separación de las sagradas especies y por la oblación de las mismas** *hecha al Eterno Padre. La santa Comunión pertenece a la* **integridad** *del Sacrificio y a la participación en él por medio de la Comunión del augusto sacramento que, aunque es absolutamente necesario al ministro sacrificante, en lo que toca a los fieles sólo es vivamente recomendable» (Mediator Dei).*

¡Qué generosidad la del Hijo ofreciéndose en Sacrificio por nosotros al Padre!

¡Qué generosidad la del Padre devolviéndonos al Hijo en el banquete sacrificial de la Comunión!

Mi consejo: comulga

cada mes mejor que cada año,
cada semana mejor que cada mes,
cada día mejor que cada semana.

No hay nada mejor en este mundo que una Comunión bien hecha.

Cuando creas que menos necesitas comulgar, será, en realidad, cuando más lo necesitas.

Pero jamás lo hagas en pecado mortal. Sería el beso traidor de Judas en Getsemaní (Mc. 14, 43-45). Te harías reo del Cuerpo y de la Sangre de Cristo y te tragarías tu propia condenación, como afirma San Pablo (1 Cor. 11, 27-29).

Tampoco lo hagas de una manera rutinaria, o tibiamente, o de cualquier manera. Tales comuniones dan nauseas a Cristo. (Apoc. 3, 16).

Comulga con toda la buena voluntad que puedas. Esfuérzate por rechazar las distracciones que te vengan. Si procuras estas dos cosas, no te apures; el Espíritu Santo y la Virgen te irán enseñando cómo lo debes hacer.

9) Palabra de Dios

La Palabra de Dios tiene una parte importantísima en la Misa. Ella es la preparación al Santo Sacrificio y forma, por decirlo así, un todo con él.

El Espíritu Santo, autor principal de la Biblia, nos habla por ella. El Evangelio, en frase de San Austín, es la boca de Cristo.

Se suelen leer dos o tres lecturas.

Demos gracias al Concilio Vaticano II que nos la ha puesto en la lengua que entendemos.

Jesucristo nos dice que son bienaventurados los que oyen la Palabra de Dios y la ponen en práctica (Lc. 11, 28).

La Virgen, Madre de Dios y Madre nuestra, Inmaculada y Santísima es el ejemplo perfecto de oír la Palabra de Dios y ponerla en práctica. Imitémosla:

Como lo hizo en la Encarnación con la Palabra de Dios que le trajo el ángel.

Como lo hizo en la Visitación con la Palabra de Dios que le dirigió su prima Isabel.

Como lo hizo en el nacimiento de Jesús con la Palabra de Dios que le trajeron los pastores.

Como lo hizo en el templo de Jerusalén con la Palabra de Dios que le habló Simenón. —Y con la que le habló su Hijo, en el mismo sitio, a la edad de 12 años.

Como lo hizo en Caná de Galilea y junto a la Cruz del Calvario.

Madre de Dios y Madre nuestra, enséñanos a oír con fe-humildad la Palabra de Dios, y sobre todo, a ponerla en práctica con amor.

10) Para apreciar y vivir...

Reflexionar

Acabas de leer esos nueve puntos sobre la **grandeza** de la Misa.

Párate y reflexiona. El tema lo merece.
¿Los sabías!
¿Los habías olvidado?
Propón releerlos a menudo.
Los pensamientos que no se refescan continuamente, acaban por languidecer y morir. Lo mismo que las plantas de un jardín que no se riegan.

Esforzarse

No te contentes con saber esas ideas. Vívelas en cada Misa. Te harán salire de su mezquindad, de tu poquedad, de tu mediocridad. Te ayudarán a vivir a lo Cristo.

Pide a la Virgen y al Espíritu Santo que te enseñen y te sugieran cómo hacerlo. En ese terren no sirven las normas fijas.

Pero una cosa es del todo necesaria: no cansarse. Es frecuentísima en la vida espiritual la prueba de la aridez, de la sequedad, del «no-siento-nada». ¡Y cuántos se repliegan ante ella!

Tú no te canses. Resiste como soldado aguerrido de Cristo. Persevera como siervo bueno y fiel.

Beethoven, quizás el mayor genio de la música, se quedó sordo en los últimos años de su vida. No podía oír «sensiblemente» sus maravillosas sinfonías... pero lo hacía intelectualmente. Y esto aún con más apasionamiento.

No «sentir» la Misa no quiere decir que no se puede vivir la Misa. San Pablo de la Cruz pasó 45 años en suma aridez y sequedad, pero en altísima santidad de

fe. Haya o no haya devoción «sensible», vivamos la grandeza de la Misa con fe siempre creciente.

Hagamos de la Misa el centro y la esencia, la raíz y la irradiación de nuestra vida espiritual y apostólica. Como lo hicieron los santos.

No demos a ningún ejercicio de piedad más importancia que a la Misa, ni teórica, ni prácticamente. Todos ellos distan de la Misa lo que del sol una pequeña lamparilla.

«He aquí lo que se lee en la vida de San Juan de Avila: Yendo a celebrar un día a cierta ermita, se sintió tan falto de fuerzas, que, desconfiando poder llegar a aquel lugar, del que aún distaba mucho, estaba ya para desistir de la celebración, cuando se le apareció Jesucristo en forma de peregrino, que le descubrió el pecho y, mostrándole sus llagas, y en especial la del Sagrado Costado, le dijo: «Cuando Yo estaba cubierto de estas llagas, estaba más fatigado y débil que tú», y desapareció. Animóse con ello San Juan de Avila y prosiguió el camino para celebrar la Misa» (San Alfonso de Ligorio, Selva, Parte II, Plática I).

He aquí otro ejemplo del aprecio de la Misa, oío en un sermón: «Cierta joven belga, sin fortuna, se casa a los 20 años con un obrero. Ambos se ven precisados a vivir del cultivo de su huerta y mucho han de afanarse para educar a su numerosa familia de 11 hijos nacidos de dicha unión.

Sin embargo, la valiente madre, tras haber atendido a toda la familia y haber llevado sus legumbres al

mercado de la vecina ciudad, aun tiene fuerzas para ir a Misa y comulgar en ella todos los días...»

Esto sucedía a principios de este siglo, y la mencionada era nada menos que la madre de aquel predicador. (Arami, Vive tu Vida, c.XXII).

Aprende a **apreciar y vivir la grandeza de la Misa.**

EPILOGO: Misa Espiritual continua

El Padre Pío (1887-1968), sacerdote capuchino estigmatizado, solía decir:

«*No bajaría nunca del altar*».

A oir su Misa, que empezaba a las cinco de la mañana y acababa unas tres horas después, llegaba gente de todo el mundo. El Cardenal Montini, después Pablo VI, dijo cuando era Arzobispo de Milán:

«*Oir una Misa del Padre Pío vale tanto como una Misión*».

S. Manuel Irurita Almándoz (1876-1936), obispo de Barcelona, en el interrogatorio que le hicieron los comunistas antes de fusilarlo, afirmó:

«*El mundo se salva por la Misa*».

Mons. Escrivá de Balaguer dice: «*Una característica muy importante del varón apostólico es amar la Santa Misa*» (Camino, 528).

El Sagrario es la prolongación de la Misa. Así se deduce de estas palabras de Pío XII:

«Bien sabía El (Jesucristo) que el mundo —«in maligno positus» (en un estado de maldad) aún después de consumada la Redención—, continuaría sumergido en un diluvio de iniquidades. Por eso ahí le tenéis a todas las horas del día y de la noche, Víctima Santa en millares de altares como en otros tantos Calvarios, inmolándose en holocausto de adoración y expiación a la Santidad y a la Justicia Eterna...» (Al V Congreso Eucarístico Nacional del Brasil, 1948). Y Pablo VI: *El culto eucarístico fuera de la Misa tiene una importancia inigualable, tanto desde el punto de vista cultural, como forma de adoración, de acción de gracias, de propiciación y de súplica, que comprende así los fines del Sacrificio...»* (A los preparadores del XL Congreso Internacional de Melbourne, 18-2-1973).

San Antonio María Claret (1807-1870) escribe a Santa Micaela del Santísimo Sacramento:

«Puesta delante del Santísimo Sacramento, ya sea manifiesto, ya encerrado en el Tabernáculo, considere que lo ve como clavado en cruz. San Miguel dijo un día a un alma devota (él mismo) que de esta manera era como gustaba Jesús ser contemplado en el Santísimo Sacramento» (Carta a la Santa, 19-11-1861).

¿Y nuestro corazón no podría ser el altar y el sagrario donde se prolongue espiritualmente la Misa todo el día? En la vida espiritual, con verdadera humildad, hay que ser audaces y tener deseos inmensos. De una

mano, San José; de la otra, nuestra Madre la Virgen María; y en el corazón la Santísima Trinidad. Y allí, recorriendo las Llagas de Cristo, ofrecer al Padre, **bajo la inspiración del espíritu santo,** el Sacrificio del Hijo, por la salvación de todos los hombres. Esto se puede hacer interiormente, sin que nadie se dé cuenta, por toda persona y en todo lugar. Pidamos esta gracia especialísima. Si lo hacemos con humildad y perseverancia, la alcanzaremos. Porque:

«El que busca, halla; al que llama, se le abre; y al que pide, se le dá».

II. PARTE

PARA COMULGAR COMO JESUCRISTO QUIERE

INTRODUCCION

Comulga:

Cada mes mejor que cada año.
Cada semana mejor que cada mes.
Cada día mejor que cada semana.

No hay nada más grande en este mundo que una comunión bien hecha.

Cuando creas que menos necesitas comulgar, será en realidad, cuando más lo necesitas.

Pero jamás lo hagas en pecado morta. Sería el beso traidor de Judas en Getsemaní (Mc. 14, 43-45; Lc. 22, 47-48). Te harías reo del Cuerpo y de la Sangre de Cristo y te tragarías tu propia condenación, como afirma San Pablo (1, Cor. 11, 27-29).

Tampoco lo hagas de una manera rutinaria, o tibiamente, o de cualquier manera. Tales comuniones provocan náuseas a Cristo (Apoc. 3, 16).

Comulga con toda la buena voluntad que puedas. Esfuérzate por rechazar las distracciones que te vengan. Si procuras estas dos cosas, no te apures; el Espítitu Santo y la Virgen te irán enseñando cómo lo debes hacer.

Espero que los testimonios que pongo a continuación te ayuden a comulgar mejor cada día.

1) Nuestro Señor

—En Carfanaúm:

«Trabajad por el alimento que permanece para la vida eterna...

YO SOY el Pan de Vida...

YO SOY el Pan Vivo bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre, y el que Yo le voy a dar, es mi carne por la vida del mundo...

En verdad en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros.

El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y Yo le resucitaré el último día. Por que mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida.

El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en Mí, y Yo en él. Lo mismo que me ha enviado el Padre que vive, y Yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por Mí». (Jn. 6, 27, 48-57).

—En la Ultima Cena:

«Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros». Lc. 22, 15.

«Mientras estaban comiendo, tomó Jesús el pan y, pronunciada la bendición, lo partió y, dándoselo a sus discípulos, dijo: "tomad, comed, esto es mi cuerpo". (Mt. 26, 26-27).

«Y tomando el cáliz, y habiendo dado gracias, lo dio a ellos, diciendo: "bebed todos de él; porque esta es la sangre mía, la alianza, la derramada por muchos, para remisión de los pecados"» Mt. 26, 27-28.

—En el Apocalisis:

«Mirad que estoy a la puerta y llamo. Si alguno escucha mi voz y abre la puerta, Yo entraré, y cenaré con él, y él conmigo» Apoc. 3, 20.

2) San Pablo

«El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo» *(1, Cor. 10, 16).*

«*No podéis beber el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios. ¿O queréis provocar la ira del Señor? ¿Somos acaso más fuertes que El?*» *(1, Cor. 10, 21-22).*

«*Yo recibí del Señor lo que os he transmitido: que el Señor Jesús, la noche en que fue entragado, tomo pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros; haced esto en conmemoración mía.*

Asimismo también el cáliz, después de cenar, diciendo: este cáliz es la nueva alianza en mi sangre. Cuantas veces lo bebiérais, hacedlo en conmemoración mía.

Pues cada vez que coméis este pan y bebéis este caáliz, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga.

Por tanto, quien coma el pan o benba el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor.

Mas pruébese a sí mismo el hombre, y coma entonces del pan y beba del cáliz. Pues el que come y bebe indignamente, como y bebe su propio juicio, al no discernir el cuerpo del Señor.» 1, Cor. 11, 23-29.

* * *

La Iglesia, en el Concilio Tridentino, s. 13, c. 7, nos enseña oficialmente, con la potestad que Jesucrito le ha dado para ello, lo que entrañan estas palabras de San Pablo:

«Si no es decente que nadie se acerque a función sagrada alguna sino santamente, ciertamente cuanto más conocida está para el varón cristiano la santidad y divinidad de este celestial sacramento, con tanta más diligencia debe evitar acercarse a recibirlo sin grande reverencia y santidad, señaladamente leyendo en el Apóstol aquellas tremendas palabras: el que come y bebe indignamente, come y bebe su propio juicio, al no discernir el cuerpo del Señor.

Por lo tanto, al que quiera comulgar, hay que traer a la memoria el precepto suyo: pruébese a sí mismo el hombre.

Ahora bien, la costumbre de la Iglesia declara ser necesaria aquella prueba por la que nadie debe acercarse a la Sagrada Eucaristía con conciencia de pecado mortal. por muy contrito que le parezca estar, sin preceder la confesión sacramental».

3) San Juan Crisótomo (354-407)

—«Obedezcamos dondequiera a Dios, y no le contradigamos, aunque lo que El diga parezca contrario a nuestra razón y a nuestros ojos: antes sea su palabra de más autoridad que nuestra razón y nuestros ojos.

Hagámoslo así en lo tocante a los misterios eucarísticos, no mirando sólo a lo que tenemos delante, sino reteniendo sus palabras. Porque su palabra es infalibe, y nuestro sentido muy falible. Su palabra jamás faltó, mientras que el sentido las más de las veces se engaña. Ya, pues, que su palabra dice: esto es mi cuerpo, obedezcamos y creamos y veámosle con los ojos espirituales.

Porque nada sensible nos dio Cristo, sino que, por medio de cosas sensibles, nada nos dio sino espiritual... Quisiera ver su forma, su figura, sus vestidos, su calzado. Pues he aquí que a El ves, a El tocas, a El comes» *(San Mateo, Hom. 82, 4).*

—«*¿Qué es el pan? El cuerpo de Cristo. ¿Qué se hacen los que lo reciben? Cuerpo de Cristo. No muchos cuerpos, sino un solo cuerpo.*

Pues así como el pan está hecho de muchos granos unidos de tal manera que no aparecen por ninguna parte, sino que están ciertamente en él, mas la diferencia entre ellos desaparece por la mutua fusión, así nosotro nos unimos mutuamente y con Cristo.

Porque no te alimentas tú de un cuerpo, y aquél de otro, sino que todos nos alimentamos del mismo y por eso añade: todos participamos de un mismo pan.

Si, pues, todos participamos del mismo pan y todos nos hacemos una misma cosa, ¿por qué, pues, no manifestamos la misma caridad, y con ello nos convertimos en una misma cosa?

Miremos por nuestros hermanos, y guardemos la unión con ellos. Pues a esto nos induce aquel tremendo y formidable sacrificio, mandándonos acercarnos a él, sobre todo, con concordia y ferviente caridad» (1, Cor. Hom. 24, 2-3).

—«Así como no puede participar de la sagrada mesa el fornicario y el blasfemo, así tampoco puede gozar de la santa comunión el que conserva enemistades y reconoces» (Sobre las estatuas, 20, 7).

—«En vano se celebra el Sacrificio cada día, en vano asistimos al altar; nadie se acerca a comulgar. Esto lo digo no para que comulguéis temerariamente, sino para que os preparéis y os hagáis dignos de ello» (Ef. Hom. 3, 4).

—«Muchos fieles han llegado a tal grado de insen-

sibilidad y apatía que, estando llenos de maldades y sin tener cuidado alguno de su vida, se atreven a acercarse negligente y despreocupadamente a esta mesa los días festivos, sin caer en la cuenta de que el tiempo de comulgar no depende de la fiesta o solemnidad del día, sino de la conciencia pura y de la vida alejada de todo pecado.

Porque así como es conveniente que se acerque cada día quien no tiene conciencia de mal alguno, así quien está enredado en pecados y no se arrepiente, ni siquiera en las fiestas puede acercarse con seguridad.

Y tampoco el acercarse una vez al año nos libra de los pecados, si nos acercamos indignamente; al revés, más bien aumenta la condenación, ya que acercándonos una sola vez ni siquiera ésta lo hacemos con pureza» (De Filog. Hom. 6).

—«Ahora, en este tiempo, desde este lugar, os hago saber en voz alta, os lo suplico, os lo ruego, os lo exijo, que no os acerquéis jamás a esta sagrada mesa con conciencia manchada, con el alma depravada, porque esa aproximación, aunque toquéis mil veces el cuerpo del Señor, no se podrá llamar entrada o unión con el Señor, sino condenación y aumento de tormentos y castigos.

No se aproxime, pues, ningún pecador, mejor dicho, no digo ningún pecador, pues yo mismo sería el primero en apartarme a mí mismo de esta divina mesa; no se acerque ninguno que continúe en pecado» (Isaías, Hom. 6, 3).

—«No desmayemos, no nos lamentemos, ni tema-

mos lo difícil de los tiempos, porque quien no rehusó derramar por todos su propia sangre y nos hizo, además partificantes de su cuerpo y sangre, ¿qué rehusará hacer por nuestra salvación» (Sobre las estatuas, 2, 9).

—«Alguien me contó también, no como que lo había oído, sino como que había tenido la gracia de ver y oír él mismo, que los que están para partir de este mundo, si han participado con conciencia pura de los misterios, son conducidos, cuando están para expirar, por los ángeles, que les acompañan haciéndoles la guardia hasta el cielo, por respeto a Aquel Señor a quien han recibido» (El Sacerdocio, L. 6, c. 4).

—«Así como el acercarse sin preparación es peligroso, así el no comulgar de estas cens místicas es hambre y muerte» (1. Cor., Hom. 24, 5).

4) San Agustín (354-430)1) La Misa y su fruto

—«Reconoced en el pan al que estuvo pendiente en la cruz; reconoced en el cáliz lo que manó de su costado.» (Serm. sobre los Sacra. de Pascua.)

—«Los que comen la carne del Señor y beben su sangre, mediten lo que comen y lo que beben, no sea que, como dice el Apóstol, coman y beban su propio juicio.» (Serm. 132.)

—«Si lo recibís bien, seréis vosotros lo mismo que recibís.» (Serm. 227.)

—«Yo soy el alimento de los fuertes: ten fe, y cómeme. Pero tú no me mudarás en ti, sino que serás tú quien te transformes en Mí.» (Conf. 7, 4.)

—«La propia eficacia de este alimento es producir la unidad, unirnos tan estrechamente al cuerpo de Cristo que, hechos sus miembros, somos lo que recibimos.» (Serm. 57.)

—«¡Oh Sacramento de misericorida! ¡Oh símbolo de unidad! ¡Oh vínculo de caridad! Quien quiera vivir, aquí tiene donde vivir, aquí tiene de donde vivir. Acérquese, crea, forme parte de este cuerpo para ser vivificado.» (In Joan. 26, 13.).

5) Fernando III El Santo (1199-1252)

«Reinó en Castilla por espacio de 34 años, 11 meses, 23 días; en León, 22 años, poco más o menos. Fue varón dotado de todas la partes de alma y cuerpo que se podían desear, de costumbres tan buenas que por ellas ganó el renombre de Santo, título que le dio no más el favor del pueblo que el merecimiento de su vida y obras excelentes. Muchos dudaron si fuese más fuerte, más santo o más afortunado. Era severo consigo, exorable para los otros, en todas las partes de la vida templado, y que en conclusión cumplió con todos los oficios de un varón y príncipe justo y bueno.

En ningún momento dio mayor muestra de su santidad que en la muerte. Comulgóle don Ramón arzobispo de Sevilla. Al entrar el Sacramento por la sala se dejó caer de la cama, y puesto de hinojos (las

rodillas) en tierra, con un dogal al cuello y la cruz delante, como reo pecador pidió perdón de sus pecados a Dios con palabras de grade humildad; ya que quería rendir el alma, demandó perdón a cuantos allí estaban: espectáculo para quebrar los corazones, y con que todos se resolvían en lágrimas. Tomó la candela con ambas las manos y puestos en el cielo los ojos: "El reino, Señor, que me diste, te lo devuelvo: desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo me ofrezco a la tierra: recibe, Señor mío, mi alma; y por los méritos de tu santísima pasión ten por bien de la colocar entre los tus siervos". Dicho esto, mandó a la clerecía cantasen las letanías y el "Te Deum", y rindió el espíritu bienaventurado.» (Juan de Mariana, *Historia general de España*, libro XIII, capítulo VIII.)

6) Santo Tomás de Aquino (1225-1274)

«El principio para llegar a comprender bien el efecto propio de un sacramento es juzgar por analogía con la materia del sacramento...

La materia de la Eucarístia es un aliento.

Es, pues, preciso que su efecto sea análogo al de los manjares. El que toma alimentos corporales los transforma en él: esta conversión repara las fuerzas del organismo y le da el crecimiento conveniente.

Pero la comida eucarística, en vez de transformarse

en aquel que la toma, transforma a éste en ella. Síguese de aquí que el efecto propio de este sacramento es una tal transformación del hombre en Cristo, que puede en realidad decir: "No soy yo quien vivo, sino que Cristo vive en mí".» (In 4 Sent., D. 12, q. 2, a. 1.)

7) Santa Gertrudis (1256-1302)

—«Pensando un día, después de comulgar, con cuánta diligencia se había de guardar la boca, que más que los otros miembros es aposento de los más preciosos misterios de Cristo, fue enseñada (Santa Gertrudis por Nuestro Señor) con esta semejanza: Si alguien que no guarda su boca de palabras vanas, mentirosas, torpes, maldicientes y de murmuración y otras semejantes se llega sin haber hecho penitencia de ellas a la Santa Comunión, de tal manera recibe a Cristo por cuanto es de su parte, como el que teniendo amontonadas muchas piedras en el umbral de su casa apedrease a su huésped al entrar en ella...

Y esto mismo se puede sentir de cualesquier pecador.» (Revelaciones, L. III, C. 18, n. 4).

—«Resplandecerán con grande gloria los que dignamente se llegan a Mí. Mas, sin embargo, muy de otra manera se aprecia el amor del que se deleita en este sacramento y el honor del (sacerdote) que celebra.

Hay, pues, una recompensa para los que se acercan movidos de su deseo y amor, y otra para los que me reciben con temor y reverencia, y otra también para los que con ejercicios santos se disponen diligentemente a recibirme.

Y ninguna de ellas recibe el que POR SOLA COSTUMBRE, celebra» (Revelaciones, L. III, C. 36.)

8) Santa Catalina de Siena (1347-1380)

Jesucristo, para hacer entender a Santa Catalina de Siena la gran importancia de prepararse cuanto mejor se pueda a recibir la comunión, le dijo estas palabras: *«Si tuvieses en tu mano una luz y todo el mundo viniese a tomar su lumbre de la tuya, la luz no disminuiría aunque cada uno tenga la suya. Es cierto que unos reciben más y otros menos, según la materia que presentan a la llama que reciben.* Este ejemplo te lo hará comprender mejor:

Supongamos que son muchos los que lleven velas a encender. Si una fuese de una onza, otra de dos o de seis, o de una libra o aún de más, y fueran a aquella luz y encendieran sus velas, en cada una de ellas, tanto en la grande como en la pequeña, se vería toda la luz, esto es, el calor y el color y la luz misma. Sin embargo, tú dirías que es menor la de aquel que la lleva de una onza que la del que la lleva de una libra.

Lo mismo sucede con los que reciben este sacramento. Cada uno lleva, cuando va a recibirlo, la vela de su santo deseo...

Quien se acercase a este dulce sacramento con culpa de pecado mortal, no recibiría de él la gracia aunque reciba realmente a todo Dios y a todo el Hombre. ¿Sabes a qué se parece esta alma que le recibe indignamente? Se parece a la vela sobre la cual ha caído agua, que no hace más que chirriar cuando se le acerca al fuego. En el momento que el fuego penetra, se apaga en aquella vela y no queda allí más que humo.

Así, esta alma trae consigo la vela que recibisteis en el santo bautismo. Luego echó el agua de la culpa dentro de su alma, que empapó el pabilo de la luz de la gracia bautismal. No habiéndose secado el fuego de la verdadera contrición por la confesión de su culpa, se acercó a la mesa del altar a recibir esta luz; la recibió manterialmente, pero no espiritualmente.

Esta verdadera luz no permanece por la gracia en el alma que no está dispuesta como debería para este misterio, antes bien queda en el alma una mayor confusión, envuelta en tinieblas y con un pecado más grave todavía». *(El Diálogo,* P. III, c. 1.)

9) San Juan de Avila (1499-1569)

—«¿Os dais cuenta de lo que he hecho con voso-

tros?» (Jn. 13, 12.) «¡Oh qué linda palabra para después de comulgar!» (Sermón 33).

—«Dichoso aquel que bien lo recibe (comulga), porque en este bien están encerrados tantos bienes sin cuento, que si un hombre trabajase toda su vida con buenas obras, estaba muy bien pagado con entrar una sola vez Nuestro Señor en su pecho.» (Sermón 37.)

—«Allégate al Santísimo Sacramento, no de tarde en tarde, sino ven con mucha reverencia, con amor, con devoción, con mucha humildad, y muchas veces en el año porque no se te vaya de la memoria, sino siempre lo tengas delante de los ojos como espejo; y tú verás por experiencia lo que se te sigue de la Santa Comunión Aplícasete, cuando comulgas lo que ganó Jesucristo en la cruz; mira, pues, si es de perder tal ganancia.» (Sermón 40.)

—«¿Qué puede faltar al cristiano a quien Dios apacienta en su Iglesia con el manjar de su sacratísimo Cuerpo y juntamente con El le da a beber su sacratísima Sangre?» (Sermón 40.)

—«Qué es comulgar? Ser hechos partícipes de los merecimientos de Cristo, ser incorporados en Cristo. Remedionos cuando padeció, apliconos en el altar el remedio... Para venir al mundo a redimirnos hízose Dios-Hombre; y cuando tú vas al altar y lo recibes, transfórmaste tú en El, y si dijese: "Háceste tú Cristo", no mentiría, que así lo dice San Agustín, sobre el salmo 142, que, por la grande unión que hay entre Cristo y sus miembros, El se llama del nombre de ellos y ellos del nombre de El...

¿Qué es comulgar? Es injerirte en Cristo, como se injiere la mano en el brazo, y el brazo en el cuerpo. Háceste parte de su Cuerpo. Si bien comulgas, injiéreste en sus merecimientos, tiénesla en lo que El ganó; teniéndola en lo que El ganó, sé cierto que irás a gozar de El en los cielos...

"Así como me envió el Padre que vive, y Yo vivo por El, así el que me come a Mí vivirá por Mí. El que me come a Mí es hecho parte mía, es incorporado en Mí, vive por causa mía." Así como un sarmiento no puede crecer si no está asido a su vid, sino que luego se seca, así Jesucristo predicó que es vid y que el que no estuviere asido a El, que se secará y arderá siempre en los infiernos. Esto es comulgar: ser participante de Cristo, ser hecho una cosa con El...

Si vieres que te va bien frecuentar la comunión y te crece el amor, y juntamente la reverencia, usa el comulgar; mas si el mucho uso te causa irreverencia, tente algo más, y no sea como usan el comulgar algunos, que los lleva a la liviandá, y no piensan en ello más, sino, en antojándoseles, helos que van a comulgar, sin más pensar, ni recogerse, ni tener cuidado de la enmienda de la vida. Para éstos no es el comulgar muchas veces.» (Sermón 58.)

—«Una de las causas por que vienen al mundo males tantos es por mal comulgar.» (Escritos menores, 5.)

—«Recibir con el debido aparejo al santo Cuerpo de Jesucristo Nuestro Señor... es remedio admirable para los males que de nuestra carne concebida en

pecado nos vienen. Y si bien supiésemos mirar la merced recibida en entrar Jesucristo en nosotros, nos tendríamos por relicarios preciosos, y huiríamos de toda suciedad, por honra de Aquel que en nosotros entró. ¿Con qué razón puede uno injuriar su cuerpo, habiendo sido honrado con juntarse, con el santísimo Cuerpo de Dios humanado? ¿Qué mayor obligación se me pudo echar? ¿Qué mayor motivo se me pudo dar, para vivir en limpieza, que mirar con mis ojos, tocar con mis manos, recibir con mi boca, meter en mi pecho, al purísimo Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, dándome honra inefable para que no me abata a vileza, y atándome consigo, y dedicándome a El por su entrada? ¿Cómo o con qué cuerpo ofenderé al Señor, pues en este que tengo ha entrado el Autor de la puridad? ¿He comido a El, y con El a una mesa, y serle he traidor ahora, ni en toda mi vida? Así es razón que se estime esta merced, para que recibamos corona en nuestra flaqueza. Mas, si mal lo recibimos o mal de El usamos, sucede el efecto contrario, y se siente el tal hombre más poseído de la deshonestidad que antes de haber comulgado.» (Audi filia, c. 10.)

10) San Felipe Neri (1515-1595)

San Felipe Neri, como todos los santos, no podía tolerar que se tratase con la menor falta de respeto al

Santísimo Sacramento, y, como ocurre ahora en nuestros días, también entonces se daban no pocos casos de aquellos que se acercaban a comulgar y parecía que el templo se les iba a venir encima, por lo pronto que salían de él.

El santo había venido notando en su iglesia, durante varios días, que cierto caballero, apenas recibida la comunión, se levantaba del comulgatorio y se encaminaba hacia la salida, como si algún ser invisible le empujase hacia la calle.

Un día, no pudiendo tolerar más aquella falta de respeto y reverencia hacia el Santísimo Sacramento, le mandó un monaguillo para que le acompañase con un cirio encendido en la mano. El caballero se volvió estupefacto y oyó esta réplica del niño: «Usted lleva el Santísimo, y el Santísimo no sale sin luz». El caballero entendió y volvió a entrar en la iglesia.

¡Qué vergüenza que nos cansemos tan pronto de Cristo después de haberle recibido en la Comunión y seamos incapaces de gastar con El al menos un cuarto de hora! ¿Es que no gastamos tiempo y tiempo viendo la televisión, leyendo los periódicos y conversando largamente de cosas inútiles, cuando no dañosas? (vida del Santo.)

11) Santa Teresa de Jesús (1515-1587)

—Autobiografía.

«Llegando una vez a comulgar, vi dos demonios

con los ojos del alma más claro que con los del cuerpo, con muy abominable figura. Paréceme que los cuernos rodeaban la garganta del pobre sacerdote, y vi a mi Señor con la majestad que tengo dicha puesto en aquellas manos en la forma que me iba a dar, que veía claro ser ofensoras suyas, y entendí estar aquel alma en pecado mortal. ¿Qué sería, Señor mío, ver vuestra hermosura entre figuras tan abominables? Estaban ellos como amedrentados y espantados delante de Vos; que de buena gana parece se huyeran, si Vos los dejáredes ir.

Diome tanta turbación, que no sé cómo pude comulgar, y quedé con gran temor, pareciéndome que, si fuera visión de Dios, que no permitiera su majestad viera yo el mal que estaba en aquella alma. Díjome el mismo Señor que rogara por él, y que lo había permitido para que entendiese yo la fuerza que tienen las palabras de la Consagración, y cómo no deja Dios de estar allí por malo que sea el sacerdote que las dice, y para que viese su gran bondad, cómo se pone en las manos de su enemigo, y todo para bien mío y de todos.

Entendí bien cuán más obligados están los sacerdotes a ser buenos que otros, y cuán recia cosa es tomar este Santísimo Sacramento indignamente, y cuán Señor es el demonio del alma que está en pecado mortal. Harto gran provecho me hizo y harto conocimiento me puso de lo que debía a Dios. Sea bendito por siempre jamás.» (C. 38; n. 23)

—Camino de perfección.